

## P L E C T R O

Poemas de BAYARDO VERA

Nací. Aprendí a nacer.  
 Inventaron mi nombre,  
 cuando el cisne se tornó en relámpago  
 y la artemisa se posó en el lomo del rayo  
 que alza la cola y levanta el alba  
 con furia de invierno.  
 Desde entonces, vivo;  
 sin un eco, ¡De espaldas al cielo  
 como jergón anillado por cafés de lenguaje frío!  
 encendiendo el leño de acero que cubre mi rostro,  
 saludando el día en cada rostro que pasa  
 y saludando la noche en cada espectro que se delinea.  
 Inmenso vacío. ¡ Ignoro mi habitación!  
 Cohabito los anafres encendidos que taracean  
 un testimonio de mano heredada.  
 Heredé la espalda: tejido escalera donde cada uno de los peldaños  
 arrastra el velo de los huesos  
 y siembra vientos en el andamio del tiempo  
 espaldareado de espinas y cosecha tempestades  
 en la floresta de papel.  
 Heredé los dientes: colisión estremecida por los bordones del hambre  
 donde en la temeridad de la cuerda reverdece la mano.  
 Heredé la voz: perdida en gritos pestaña vértigos de sol.  
 Día tras día en las procesiones astrales;  
 cuelgo mi carne en el paraguas-cuerpo,  
 desayuno la piedra del silencio  
 y mi zapato rasga la lluvia de un signo escrito en los espejos.  
 Evoco el sueño, pero el candil atisba  
 y junto al silencio de construirme entre un montón  
 de cosas más, en las noches de vigilia escribo:

NO HE MUERTO AUN CABALGO EN EL ANCA DEL TRUENO.

Cuando estamos más solos  
somos más nosotros mismos;  
asesinamos la lluvia  
y no cabalgamos sobre el caballo de madera  
sino sobre la niebla entre siglos de hojas secas,  
y estamos tristes y grises  
callados y humedecidos de tanta soledad compartida  
y no es el pasado ni el presente lo que nos amuralla el rostro  
sino esa manera de no querer aceptar los vestidos nuevos  
de vivir entre los huesos rancios  
lo que nos relega a la oscuridad de los días  
y no comprendemos por qué lloran los sauces  
ni por qué tropezamos en la neblina  
ni porqué volvemos la cabeza buscando la ceniza  
que guardamos bajo llave en nuestras suelas  
Es el oficio de ir y venir por las calles  
lo que nos quiebra la esperanza  
y nos lacera el sueño.  
Sin embargo seguimos arrastrando los días atados al cuello  
y creemos en los fósforos que se encienden de inconciencia  
y en la noche que se resquebraja para llover soledades  
creemos en la aguja del culto  
y en el abrir y cerrar de los instantes  
cuando en nuestros pasos cascamos la lluvia del recuerdo  
creemos en el silbo demente del azar  
y en nuestro graznido de tiniebla  
creemos en el pájaro de la muerte cuando trina en nuestras casas  
[de laceradas suelas

creemos sencillamente haber creído  
 cuando arrastramos los días atados al cuello  
 cuando estamos más solos  
 cuando somos más nosotros mismos.

Una noche, escuché a la montaña  
 hablar en voz baja de sus secretos. Decía:  
 Amor? agonía de la muralla esferoidal  
 Vida? fuerza fusionada de agua y fuego  
 Vacío? manantial de lo inhallable  
 Muerte? condensación del flujo y del reflujo  
 Unidad? ecuación degollada  
 Movimiento? estuche para guardar el espacio.

No había luna  
 y como llevado de la mano  
 regresé a mi casa; esa casa  
 donde la lluvia muere en la copa del viento,  
 donde el termómetro del hambre sube en grados  
 por las paredes de carrizo y barro;  
 con una sombra hundida en la carne,  
 con la vela velando el sudor de incoherentes pesadillas,  
 con escalinatas donde el eco del paso acompaña la mortaja.

Esa noche supe que el abalorio silvestre  
 evidenciaba el ritual del lenguaje.

El pasadizo donde vivo:

terroso, amargo, enfermo como pasillo de hospital,  
 noctívago, insistente entre sus paredes hambrientas  
 que nos miran, que crecen hasta reducirnos a una insensible nimiedad.  
 Está solo y en su garganta un niño se queja.

Hoy hay luna;  
 y nos vamos quedando huérfanos de sol,  
 nos vamos deshilando entre los techos de zinc,  
 nos vamos quedando dormidos — Empobrecidos de estatura —  
 como si no hubiera nada: ni vida, ni muerte,  
 ni guerras, ni paz, ni mundo, ni Dios, ni ley  
 sino revoltijo de luces y palabras  
 palabras que son largas como las calles,  
 como piedras talladas en su negror.  
 ¡Alta es la noche en la ciudad!